

Mirarse al espejo

¿Somos como creemos, o como nos ven los demás? Iñaki Uriarte finge desnudarse, solo un poco, en el tercer y último tomo de sus diarios

“A” hora escribo menos páginas en estos archivos porque tengo galería”, dice Iñaki Uriarte en la esperada actualización de sus *Diarios* (Pepitas de Calabaza). En la primera entrega se proponía escribir “como si hablara solo”. Mantiene la ligereza en el tono, el estilo despojado de toda retórica, pero es como si ahora que se sabe observado, atendido, escrutado, hubiera adquirido cierto innecesario pudor: “Al escribir un diario ya es una hazaña salir vivo de él”.

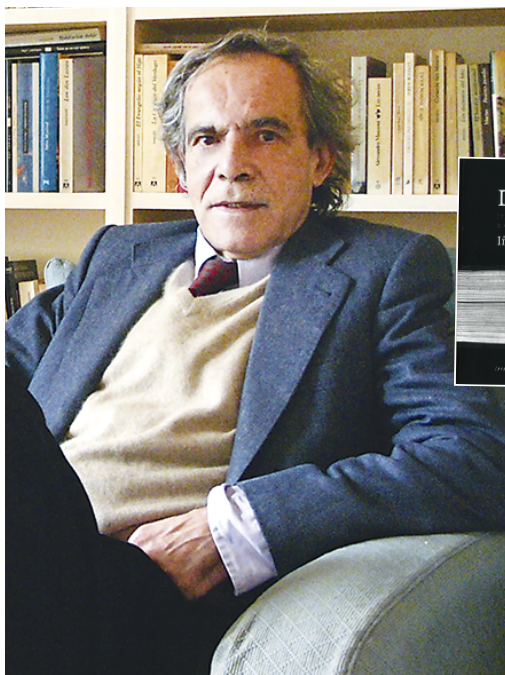
Los tomos anteriores obtuvieron mercedísima repercusión. García Martín, Jabois o Muñoz Molina, entre otros, fueron tremendamente elogiosos. Uriarte recibió el Premio Euskadi, el Tigre Juan y la admiración general del público verdaderamente influyente. Y eso que publica en una pequeña aunque selectísima editorial logroñesa “con menos proyección que un cinéxín” según su propio eslogan.

Como todo el mundo sabe, colmar el propio ego es la única verdadera preocupación de un escritor. “La aparición de mis páginas en *Clarín* me da un poco la sensación de misión cumplida”, escribe, e inmediatamente se lamenta de contradecir el lema de Epicuro que tanto le solía

La honestidad con la que Uriarte admite sus propias contradicciones es poco frecuente

gustar “Esconde tu vida”. La honestidad con la que Uriarte admite sus propias contradicciones es poco frecuente en un género tan ombliguista como el de los diarios, un rasgo que le acerca a su admirado Montaigne. “He borrado bastantes páginas en las que criticaba a algunas personas. Siempre he sentido malestar al releerlas”. Ahí tienen otro.

María, el gato, la familia, Proust, Borges, la memoria y la infancia, San Sebastián, Benidorm. Uriarte viaja, lee, cena con amigos y escribe un par de docenas de páginas al año. No se las da de observador reflexivo, simplemente es dueño de una voz autorizada, una radical individualidad, un criterio a prueba de bombas y una vida moderadamente novelesca. Con este volumen, que en nada desmerece a los anteriores,



El escritor se mantiene fiel a sí mismo

completa su autobiografía sentimental y de alguna manera cierra el círculo (en Nueva York, dónde si no).

A Estados Unidos va invitado por el Instituto Cervantes, a presentar como ponente el primer tomo de sus *Diarios*. Resulta divertido verlo cuestionándose acerca de su ‘responsabilidad’ como escritor. Ahí sí que ya no: “Mi aversión a los deberes va en aumento”, escribe. Uriarte se hace el esforzado, insinúa que quizá no siga publicando. Fuentes cercanas y fiables aseguran que simplemente finge, que ensaya una distraída pose para esa posteridad que, en el fondo, sabe que le espera. Inmune a los elogios y ferviente defensor de una ociosidad contemplativa que ha acabado por demostrarse brillantemente fructífera, Uriarte se mantiene fiel a sí mismo y parece querer aparcar la pluma otra temporada. Disfrutémoslo mientras tanto. Estamos, sin duda, ante uno de los títulos del año.

